

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO C

3ª Lectura (Lc. 5, 1-11)



“Dejándolo todo, lo siguieron”

«En aquel tiempo, la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret; y vio dos barcas que estaban junto a la orilla: los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes.

Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: –Rema mar adentro y echad las redes para pescar.

Simón contestó: –Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes. Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande, que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca, para que vi-

nieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: –Apártate de mí, Señor, que soy un pecador. Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.

Jesús dijo a Simón: –No temas: desde ahora serás pescador de hombres.

Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.» (Lc. 5, 1-11).

La *pesca milagrosa* representa la realidad de toda la vida de Jesús, está orientada por el Evangelista S. Lucas hacia una explicación simbólica de la naturaleza y esencia de la *vocación* apostólica en especial, y de la vocación cristiana en general.

“La gente se agolpaba”: La pertenencia a un grupo aglutinante es una necesidad natural inscrita en el corazón de los hombres, pero lo que importa es que ese núcleo aglutinante sea bueno. En esta ocasión es Jesús quien atrae *“con cuerdas humanas... con lazos de amor”* (Os. 11, 4):

- Hay *sintonía* entre la palabra de Dios y tu modo connatural de ser.
- Hay *sintonía* entre la palabra de Dios y tu conciencia.
- Hay *simpatía* con la simpatía de Jesús.
- Hay *atracción* incoercible: *“la gente se agolpaba”*.
- A Jesús se le busca por su *trascendencia* eterna: *“para oír la Palabra de Dios”*.
- Jesús es *aglutinante* del pueblo: *“se agolpaba”*.
- La gente tiene *necesidad de la Palabra*: *“se agolpaba”*.
- Jesús tiene *fuerza de captación*: *“se agolpaba”*.
- Si más gentes no viven el Evangelio es porque tú no se lo predicas, ni lo vives en plenitud.

Ya la sinagoga tenía poco que decir, no causaba impacto en las conciencias judías, no aglutinaba gentes en su entorno, fuera de los interesados en el honor, en el dinero, en el poder: las autoridades judías. Así ocurre ahora con las pretensiones salvadoras de las sectas, o las pretensiones del mundo ofreciendo una efímera salvación, que en lugar de salvar hunde en la miseria.

“Alrededor de Jesús”: Agolparse en torno a otros núcleos no católicos trae como consecuencia fatal la violencia, la corrupción y la muerte. En esto consiste el mundo en el peor sentido de la palabra, y aquí van los que se van pudriendo. Pero *“alrededor de Jesús”* se consigue la salud, el amor, la vida y la paz, y para siempre.

Después de tanta oferta estéril y traumática que ofrece el mundo, el hombre se siente liberado *“alrededor de Jesús”*. Es necesario que en tu vida sientas la necesidad de Jesús, para ello debes acercarte a Él. Si esto haces, Jesús se encargará de ofrecerte su salvación, su amor, su gozo, su paz.

“Para oír la Palabra de Dios”: Se escuchan muchas voces garrulascas que deberían hacer silencio de inmediato, o mejor, deberían haber callado siempre: ¡jamás se les debió escuchar! Demasiada garrulería inservible, o no servible para otra cosa que para molestar la presencia de Dios en la vida del hombre:

«¡Que callen los hombres, que me hable Dios!» (S. Agustín).

Huye, hermano, de la maldita verborrea mundana, que tiene aplastado al mundo en el que vives. Sálvate de esta estupidez infantiloides que vive ya varios milenios postrada a los pies de Satanás.

Si todavía no entiendes esto, estás en mucho peligro y todavía no has llegado a la altura de aquella gente que *“se agolpaba... para oír la palabra de Dios”*.

Pero Jesús habla a tu corazón y te ofrece su salvación: ¡abrázala! Aunque no abrazarás la salvación mientras no vomites el mundo que queda en ti.

“Estando él a orillas del lago de Genesaret”: El marco topográfico de la enseñanza de Jesús se describe también en dos redacciones de S. Marcos:

«Salió de nuevo por la **orilla del mar**, toda la gente acudía a él, y él les enseñaba.» (Mc. 2, 13).

«Y otra vez se puso a enseñar a orillas del mar. Y se reunió tanta gente junto a él que hubo de subir a una barca y, ya en el mar, se sentó; toda la gente estaba en tierra a la orilla del mar. Les enseñaba muchas cosas por medio de parábolas.» (Mc. 4, 1-2).

El lago era el lugar donde se aglutinaban las gentes para conseguir su alimento, para sacar agua, lavar las ropas, bañarse, distraerse, distenderse... Aquí acude Jesús, pues es el lugar más frecuentado de las gentes. Por otra parte, liberados de la presencia del pueblo, de la cercanía de sus casas, sus actividades, etc., más fácilmente podrán las gentes tener sus mentes liberadas de ocupaciones perturbadoras de la serenidad y paz que requieren las cosas de Dios.

“Y vio dos barcas”: Una de ellas, la de S. Pedro, simboliza a la Iglesia, y la otra, aunque se parezca a la de S. Pedro, no es la de S. Pedro, simboliza la sinagoga o el mundo. ¿A cuál de las dos barcas se subirá Jesús? ¿Y tú a que barca subirás?:

«JESÚS ELIGE LA BARCA DE PEDRO EN LUGAR DE LA DE MOISÉS.

Eligió la barca de Pedro y abandonó la de Moisés; es decir, despreció la sinagoga incrédula y eligió la Iglesia creyente. En efecto, por así decir, Dios destinó estas dos barcas que hay en el mundo, como en un mar, para realizar la salvación de los hombres, como dice el Señor a los apóstoles: “seguidme, y yo os haré pescadores de hombres” (Mt. 4, 19)...

La Iglesia es conducida hacia las aguas profundas, como para buscar los profundos misterios de los cielos, ciertamente en aquella profundidad de la que habla el Apóstol: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!” (Rom. 11, 33). Por eso dice a Pedro: “Rema mar adentro”, es decir, a la profundidad de la reflexión sobre la generación divina. ¿Qué hay, en efecto, más profundo que lo que Pedro dice al Señor: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”? (Mt. 16, 17)...

Esta barca navega hacia el interior del mar de este mundo de manera que, mientras el mundo perece, ella mantiene a salvo a todos los que están dentro de la barca. Vemos su imagen ya en el Antiguo Testamento. En efecto, lo mismo que el arca de Noé, mientras el mundo naufragaba, mantuvo a salvo a todos los que tenía dentro (cf. Gén. 7, 1-

8), así también la Iglesia de Pedro, mientras el mundo perece entre llamas, mantendrá a salvo a todos los que ella abraza (cf. 1 P. 3, 20-21). Y como entonces, después del diluvio, la paloma llevó hasta el arca de Noé la señal de la paz (cf. Gén. 8, 10-11), así también, después del juicio, Cristo traerá a la Iglesia de Pedro la alegría de la paz, porque Él mismo es paloma o paz, como prometió al decir: “De nuevo vendré y vuestro corazón se alegrará” (Jn. 16, 22).» (S. MÁXIMO DE TURÍN, Sermón, 49, 1-3; CCL 23, 192-194).

“Que estaban junto a la orilla”: Industria humana aparcada, pero al servicio del Creador:

- Jesús fija su atención en aquella industria humana útil para su *misión divina*.
- Jesús no causa extorsión: Las barcas no se usaban en ese momento.

Así como las barcas de la orilla introducen al hombre mar adentro, así la palabra de Jesús introduce al cristiano en las profundidades de la divinidad.

“Los pescadores habían desembarcado”: Jesús aprovecha un momento psicológico adecuado para infiltrarse en la vida de los hombres. Los pescadores habían finalizado su labor cotidiana de pescar. Ahora están más distendidos y con la atención libre para escucharle. Y Jesús habla.

“Y estaban lavando las redes”: Finalizado el tiempo de la pesca, el pescador prepara las redes para pescar más tarde. Finalizado el tiempo de la predicación de la Palabra de Dios para pescar hombres, el predicador prepara sus discursos y purifica su propia vida para pescar de nuevo más tarde.

“Lavando las redes”: La herramienta se deteriora y ensucia, y es preciso repararla y lavarla. Así también el predicador debe restaurarse en la *oración* y lavarse en la *penitencia*.

“Subió a una de las barcas, la de Simón”: La subida a la barca de Simón es un preludio de la pesca milagrosa: es desde esta estructura institucionalizada por Jesús desde donde se dará el milagro de la pesca, como símbolo de la redada de redimidos para la eternidad.

La presencia de Jesús en la barca de Pedro autoriza el futuro apostólico petrino. La barca indica el lugar en el que se encuentra Jesús. Quien lo quiera encontrar fuera de la barca de Pedro (la Iglesia Católica) no lo encuentra, se extravía y se pierde para siempre.

Jesús quiere hablar hoy desde la barca de Pedro por medio de ti. Son muchos los que esperan oír tu voz, pero si en tu voz no reconocen la voz de Jesús, no te escucharán.

“Y le pidió que la apartara un poco de tierra”: Una cierta lejanía del mundo te viene bien, no ocurra que te aplaste. Aquí tienes escenificada una cierta “*Fuga mundi*”. Pero no puede haber un desentendimiento de tus hermanos que habitan este mundo, pues buscan como tú la salvación: ¡ayúdalos!

“Desde la barca”: Sin salir de la perspectiva salvífica de la barca de S. Pedro. No corras riesgos innecesarios subiéndote a otros escenarios que no pueden salvar: harás el ridículo.

“Sentado”: Como los maestros, el Maestro se sienta en su cátedra, desde la que imparte su doctrina a sus oyentes. Cualquier lugar de la barca será bueno, pero sólo dentro de la barca, pues fuera no está Jesús.

“Enseñaba a la gente”: La tarea del maestro es la de enseñar. No debe perder el tiempo con ocurrencias lúdicas o divertidas. Urge la salvación de las gentes. Y por eso enseña:

- Catequesis modelo de Jesús inmersa en la actividad laboral.
- Jesús busca catecúmenos, no espera a que se ofrezcan.
- La actividad cristiana está orientada a la salvación de las almas.

“Cuando acabó de hablar, dijo a Simón”:

- Finalizada la *actividad teológica* de Jesús, comienza la *pedagógica*, pero en ambos términos prevalece la catequesis en el marco de la actividad laboral.
- La *iniciativa empresarial* de Jesús: “*echad las redes*”, tiene una intencionalidad apostólica: pescar hombres.

- Jesús está en tu barca: ¡Te manda pescar! ¡Déjale pescar!

“Rema mar adentro”: No te quedes para siempre en la orilla mundanal. Allá lejos, abismado en las profundidades divinas, aparentemente inestables, conseguirás más pesca que en la aparente firmeza de la orilla de este mundo, donde hormiguean las gentes. Tú no te engañes con el brillo y algarabía popular: ¡adéntrate en las profundidades contemplativas divinas donde vives a merced de Dios! No te dé vértigo alejarte más y más de la orilla, hasta perderla de vista e ignorar su lugar. Trabaja, aunque el trabajo sea trabajoso, para adentrarte en las espesuras de lo divino: “*rema mar adentro*”.

“Y echad las redes para pescar”: ¿Para qué sino se echan las redes? –Pues bien, la lógica funcional no funciona tan lógicamente en la lógica teológica: ¡cuántas redes echadas para espantar los peces, para lucirse como pescador, para mandar sobre los empleados de la barca, para...! Pero... ¡y los peces!, ¿dónde están? –Continúan en el agua. ¿Siguen los mundanos en el mundo? –Tendrás entonces que dar cuenta de ellos, hermano. Procura ser eficaz en la pesca, poniéndote tú en el rincón; desapercibido de todos, menos de Dios. Deja que las redes enreden, pero tú no espantes la pesca.

“Simón contestó”: El patrono se mueve en otra lógica, su técnica le dice que es inviable el intento de pescar. Si de noche no pescaron, ¡cómo van a pescar de día!

“Maestro, nos hemos pasado toda la noche bregando”: El día no es un tiempo tan apto para pescar como lo es la noche. Con esto queda acentuado el carácter sobrenatural de la pesca milagrosa en pleno día. La eficacia divina no depende de la industria humana. Cuando Dios manda, hay que obedecer, aunque no se pesque nada. No importa tanto la pesca, cuanto la obediencia: ¡preciosa lección!

“Y no hemos cogido nada”: Se hace estéril el trabajo en la noche de esta vida sin la presencia diurna de Jesús. Sin Dios, las tinieblas abrazan los confines de tu existencia. Te cansarás, pero de nada te servirá:

«*Es inútil que madruguéis, que veléis hasta muy tarde, que comáis el pan de vuestros sudores, Dios lo da a sus amigos mientras duermen.*» (Sal. 127, 2).

Esta vida nocturna se torna día si está Jesús. ¿Por qué no metes a Jesús en la navecilla de tu vida, de tu familia, de tu empresa, de tu...? – Te sacaría de las tinieblas a la eficiente luz de la vida.

“Pero, por tu palabra, echaré las redes”: Simón tiene ya fe en la palabra y persona de Jesús. Entiende que humanamente es un despropósito echar las redes, pero entiende también que deja de ser despropósito desde el momento en que Jesús manda.

A la voz de la obediencia se le someten al apóstol S. Pedro hasta los seres irracionales: los peces. Haz el proyecto de tu vida en nombre de Dios: se llenarán tus redes de vida:

“Y, puesto a la obra, hicieron una redada de peces”: Quienes pescan son los apóstoles, pero en la presencia y por virtud del mandato de Jesús. Así la Iglesia seguirá haciendo redadas de hombres para la eternidad, pero sólo en la presencia y por virtud de Jesús. Apropiarse de la eficacia de la pesca sería una usurpación repugnante que no dice bien con la verdad de los hechos.

Obedeciendo a la voz de Dios, comenzó a ser fructífera la misión apostólica. La Iglesia, depositaria de la vida de Cristo Jesús, surca los mares del tiempo recogiendo en sus redes los destinados a la vida eterna:

«El Señor agregaba cada día a la comunidad (a la Iglesia por Él fundada) a los que estaban destinados a la vida eterna.» (Hech. 2, 47).

“Tan grande, que reventaba la red”: El fruto está muy por encima de la raquítica previsión humana. Procura, pues, que tu red no sea menor que el mismo Dios. Toda otra red ideada por hombres está condenada a la quiebra.

“Hicieron señas a los socios de la otra barca”: La tarea está por encima de las fuerzas apostólicas: procura vivir asociado a los otros cristianos en la obra de la salvación de las almas. Aquí no valen francotiradores. Pronto te darás cuenta que estás solo frente a las fuerzas del mal, y necesitarás auxilio humano y divino para hacer frente al poder diabólico, encarnado en los hombres mundanos, que se negarán a dejarte llevar con paz la abundante pesca de la humanidad pecadora.

“*Los socios*” parece que eran los hermanos Santiago y Juan, como aludirá más adelante en el v. 10, pero S. Lucas no dirá el nombre de los socios, para no errar el golpe táctico: “*los socios*”, cualquiera que se embarca en la obra de la salvación de las almas.

La segunda barca, que representaba a la sinagoga, queda convertida en “*socia*” de la primera barca, la de S. Pedro. Una porción ínfima del pueblo judío se pasó a la Iglesia de Cristo Jesús, el resto del pueblo se convertirá más tarde, al final de los tiempos.

“*Para que vinieran a echarles una mano*”: La llamada no fue para alguna vanidad pasajera, para matar el rato, para charlar con camaradas. La llamada fue con una finalidad muy concreta: la pesca, que trasladado al ámbito teológico sería el apostolado en la salvación de las almas.

“*Se acercaron ellos*”: La respuesta a la llamada divina fue positiva: ¡ten confianza cuando llamas, pero llama! La primera tarea de la barca de Pedro no fue recoger los peces enredados, sino asociarse con otros compañeros en la profesión para ser eficaces en la pesca.

Deduce de aquí, mi querido hermano, el interés que debes tener en llamar a otros para que te colaboren en la salvación de las almas. Deduce lo táctico que debes ser para conseguir vocaciones que te acompañen en la trayectoria de esta vida para hacer la gran redada salvífica. Pero sobre todo procura la unión con todos los miembros de la misma empresa salvífica de la Iglesia.

“*Y llenaron las dos barcas*”: La plenitud salvífica tuvo lugar cuando se asociaron los trabajadores de la otra barca. No vayas por solitario en la vida, que no es voluntad de Jesús. Búscate compañeros, que “*se acercarán*”.

“*Y llenaron las dos barcas*”: No se ha de llenar sólo tu barca con la ayuda de la otra barca, sino que se han de llenar ambas barcas. No te quieras hacer el centro de la historia. Más bien procura que tu hermano pese más que tú en la historia de la salvación en la que te ha tocado vivir.

“Que casi se hundían”: Este es el sino perenne de la Iglesia, que trasciende todas las épocas históricas: parece que se hunde bajo el peso de sus moradores, pero nada de eso. Más bien quedan anegados los peces que no han sido enredados.

La impresión de inestabilidad que ocasiona la aparente amenaza del hundimiento de las barcas, da una cierta seguridad ante la experiencia del éxito de la empresa y la presencia providente y majestuosa de Jesús.

“Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús, diciendo”: No cabe otra postura ante la santidad infinita de Dios. San Pedro, iluminado por luz divina, se prosterna. La actitud espontánea de “*arrojarse a los pies de Jesús*” indica muy a las claras que Simón Pedro ha sido ganado por la gracia para depurar su conciencia de todo pecado y asociarse a Jesús en la obra de la salvación de las almas.

Doblega también tú aquí tu endurecida cerviz, maliciosamente ensoberbecida por la envidia de Satanás. No quieras imitar al necio fariseo del templo en su pretensión de reblandecer a Dios con sus pretendidas propiedades virtuosas (cf. *Lc. 18, 10-14*).

“Apártate de mí, Señor”: La impresión de S. Pedro ante la santidad “*tremens et fascinans*” de Dios lo deja sobrecogido intensamente, le hace estremecer todo el ser. Esta expresión de Pedro está en línea con aquella otra del profeta Isaías:

«*¡Ay de mí, estoy perdido!, pues soy un hombre de labios impuros.*» (*Is. 6, 5*).

“Que soy un pecador”: Ante la sublimidad de lo divino que aparece en Jesús, Pedro siente su indignidad y pequeñez de “*hombre pecador*”. La presencia de lo sagrado sobrecoge de tal suerte que el hombre justo retrocede. Esta fue la razón por la que S. José quiso desaparecer de la presencia de María SS. y su divino Hijo. Con mayor razón si ya no se trata de un justo, como S. José, sino de un pobre pecador, como Simón Pedro.

«EL MIEDO DE PEDRO ANTE LA SANTIDAD.

Por esto, Pedro, al recordar sus pecados anteriores, tiembla y tiene miedo. Como impuro no se atreve a recibir al que es puro, por un temor elogiabile. Sin duda, de acuerdo a la ley había aprendido a distinguir entre lo santo y lo profano (cf. Ez. 22, 16).» (S. CIRILO DE ALEXANDRÍA, Comentario al Evangelio de Lucas, 5, 8; PG 72, 556).

Esta humildad de S. Pedro, en la que contrasta su pecado con la santidad de Dios, vuelve a aparecer de nuevo en el lavatorio de los pies durante la última Cena:

«Llega a Simón Pedro; éste le dice: “Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?” Jesús le respondió: “Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: lo comprenderás más tarde.” Le dice Pedro: “No me lavarás los pies jamás.” Jesús le respondió: “Si no te lavo, no tienes parte conmigo.”» (Jn. 13, 6-8).

Sí, en efecto, la santidad de Dios impone hasta hacer estremecer todo el ser. Por eso, poca unión tiene con Dios quien le falta al respeto en el templo viniendo de cualquier modo vestido, o permaneciendo en cualquier postura, o conversando con el vecino, o haciendo ruidos innecesarios que sofocan el silencio sagrado del lugar.

La acción milagrosa de Jesús convence al hombre de su pecado:

«Convencerá al mundo de su pecado.» (Jn. 16, 8).

“Y es que el asombro se había apoderado de él”: El “asombro (θάμβος)” denota una conmoción generalizada de todo el ser de Simón Pedro:

«Θάμβος.

Sobrecogimiento, asombro total.» (ZERWICK, M.; Analysis Philologica N. T. Graeci).

La impresión fuerte de la gracia sacude el embotamiento de Simón Pedro y lo sensibiliza para sacarlo de su estupidez y entumecimiento teológico en que se encuentra. Y fue tan agraciado, que todo él quedó traspasado por la acción divina en su corazón: “se había apoderado de él”.

Ya había recordado anteriormente S. Lucas esta vertiente de estupefacción apostólica:

*«Jesús entonces le conminó (al demonio) diciendo: “Cállate, y sal de él.” Y el demonio, arrojándole en medio, salió de él sin hacerle ningún daño. Quedaron todos **pasmados** (θάμβος), y se decían unos a otros: “¡Qué palabra ésta! Manda con autoridad y poder a los espíritus inmundos y salen.”» (Lc. 4, 35-36).*

“Y de los que estaban con él”: su hermano Andrés y los criados. Éstos también quedan impresionados, como S. Pedro, pero el evangelista S. Lucas no dice más de ellos. Es suficiente con que el representante de la comunidad apostólica, Simón Pedro, exprese su conmoción transida de arrepentimiento *“arrojándose a los pies de Jesús”*.

“Al ver la redada de peces que habían cogido”: La pesca milagrosa podría dejar fríos a los discípulos, sin embargo, no fue así, sino que, guiados por la iluminación interior de la gracia y movidos poderosamente por esa misma gracia, llegaron al arrepentimiento. No todos se conmueven positivamente ante el milagro, sino los bien dispuestos. ¿Se conmovieron positivamente los judíos ante la resurrección de Lázaro?:

«Gritó (Jesús) con fuerte voz: “¡Lázaro, sal fuera!” Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Jesús les dice: “Desatadlo y dejadle andar.” Muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que había hecho, creyeron en él. Pero algunos de ellos fueron donde los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús. Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron consejo y decían: “¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchas señales. Si le dejamos que siga así, todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación.” Pero uno de ellos, Caifás, que era el Sumo Sacerdote de aquel año, les dijo: “Vosotros no sabéis nada, ni caéis en la cuenta que os conviene que muera uno solo por el pueblo y no perezca toda la nación.”» (Jn. 11, 43-50).

“Y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo”: El impacto de la pesca milagrosa marcó profundamente las almas de sus primeros apóstoles. La intervención de Jesús va progresivamente agluti-

nando a sus discípulos en torno a su persona para luego dejar con ellos forjada la Iglesia, en la que se salvarán ellos y cuantos están destinados a la vida eterna:

«*Y creyeron cuantos estaban destinados a una vida eterna.*»
(Hech. 13, 48).

“**Que eran compañeros de Simón**”: Es ahora cuando se da a entender que podrían ser los pescadores de la segunda barca. De todos modos, después de nombrarlos (Santiago y Juan), los sigue definiendo como “*compañeros de Simón*”. Lo importante aquí no es la identidad de los personajes, sino la vertiente asociativa en torno a Simón Pedro, futuro Cabeza de la Iglesia.

“**Jesús dijo a Simón**”: Si ahora Jesús se dirige a Simón Pedro, no es sólo en respuesta a su declaración humilde de arrepentido pecador, sino fundamentalmente para indicarle la función que va a tener la Iglesia, en la que él, Pedro, recibirá el primado de jurisdicción.

“**No temas**”: Es una expresión técnica consagrada en las Sagradas Escrituras para poner de manifiesto la impotencia humana, aunque auxiliada por la eficacia de la omnipotente providencia divina: “*pescador de hombres*”.

“**No temas**”: Ante el temor de lo sagrado y lo arduo de la tarea encomendada: “*pescador de hombres*”, aparece Dios fortaleciendo el ánimo del afectado: “*No temas*”.

Este mismo proceso aparece repetido anteriormente en S. Lucas:

«*Se le apareció el Ángel del Señor, de pie, a la derecha del altar del incienso. Al verle Zacarías, se turbó, y el temor se apoderó de él. El ángel le dijo: “No temas, Zacarías, porque tu petición ha sido escuchada; Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Juan.*» (Lc. 1, 11-13).

«*Y entrando, le dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.” Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús.*» (Lc. 1, 28-31).

“Desde ahora serás pescador de hombres”: Jesús manifiesta la naturaleza de la vocación de S. Pedro y de todos los que le quieran seguir. La función de cristiano será desde este momento la de salvar a los hombres de este mundo. La pesca consistirá en transformar al hombre de mundano en cristiano, sacándolo del mundo y centrándolo en la Iglesia.

“Ellos sacaron las barcas a tierra”: ¿Qué hacen en tierra las barcas? –Nada. En el agua sirven para algo, pero en tierra, para nada. Efectivamente, los apóstoles abandonan la actividad profana, temporal, intrascendente, pero para asumir la actividad divina, eterna, trascendente...

La retirada de las barcas del agua indica que los discípulos ya habían sido pescados por Jesús para otra pesca:

“Y, dejándolo todo, lo siguieron”: Se trata del seguimiento definitivo de los apóstoles tras las huellas de Jesús.

No merece la pena esta vida si no es para *“seguir a Jesús”*, *“dejándolo todo”* por su amor.